



PROGRAMA LIBROS Y CASAS

Bajo sospecha

Relatos policiales



Cultura Argentina



Ministerio de Cultura
Presidencia de la Nación
Argentina

“Fui leyendo, hasta que un día, sin dejar de leer, comencé a escribir y en eso sigo. Considero que uno escribe siempre, aunque no esté escribiendo. El placer por la lectura y por la escritura. Leer en principio tiene que causar gozo. Y lo mismo cuando estás escribiendo. Cuando escribís estás en el mejor de los mundos”.

Vicente Battista

Vicente Battista

Buenos Aires, 1940

Guionista y escritor argentino. Fue fundador y director de la revista de ficción y pensamiento crítico *Nuevos Aires*. Su primer libro de cuentos, *Los muertos*, fue premiado en 1967 por Casa de las Américas (Cuba) y por el Fondo Nacional de las Artes. En 1995, con su novela *Sucesos Argentinos*, ganó el Premio Planeta de la Argentina.

Un día después

MIRÉ UNA VEZ MÁS LA FOTO: UN ROSTRO juvenil, de ojos grandes, labios sensuales y pelo agresivamente negro. Era una belleza insolente, a mitad de camino entre la inocencia y la perversidad.

—Se llama Mercedes Gasset y va a estar en el hotel Los Faraones el sábado al mediodía.

Asentí con un movimiento de cabeza. Me entregaron el cincuenta por ciento de lo pactado y el pasaje de ida y vuelta. Dijeron que confiaban en mí, que el resto lo recibiría al final del trabajo. Asentí otra vez y pregunté si habían pensado en un sitio en especial. Uno de ellos dijo que la Cueva de los Verdes podría ser el lugar adecuado y agregó que no me costaría mucho llevarla hasta ahí. Realmente me tenían confianza. Supe que era hora de despedirse. En un par de días tendría que volar a Lanzarote para encontrarme con Mercedes Gasset.

El vuelo fue tranquilo, debí soportar un compañero de asiento que había resuelto mitigar su soledad, o el miedo a las alturas, contándome el encanto de las Islas

Canarias. Le concedí un par de aprobaciones y simulé un sueño reparador. No me interesaban las islas y jamás había estado en Lanzarote, solo tenía una vaga referencia por un cuento, o cierto capítulo de novela, en donde un hombre se encontraba con una mujer joven para disfrutar del fin de semana. También yo iba a encontrarme con una mujer joven, pero no iba a disfrutar del fin de semana; iba a matarla.

Lobby
Vestíbulo, sala
próxima a la
entrada.

La vi en el lobby del hotel. Se paseaba de un lado a otro, indecisa; aunque no parecía buscar a nadie. Finalmente se acercó a la barra y pidió un vaso de leche fría.

Azabache
Color negro
brillante.

El azabache de su pelo resultaba más inquietante que en la fotografía.

—No es el mejor modo de combatir la ansiedad —dije.

Me miró; sonrió levemente.

—¿Quién le ha dicho que estoy ansiosa?

—No hay más que verte.

—¿Psicólogo?

—Curioso.

Habíamos roto las barreras. Dijo que se llamaba Patricia; por alguna razón ocultaba su nombre, debía cuidarme. Dijo que era madrileña.

—Uruguayo —mentí.

Establecidas las reglas del juego, entretuvimos la tarde hablando tonterías.

—Si me prometes cambiar la leche por un rioja digno de nosotros, esta noche cenamos juntos.

—¿Y si no? —preguntó.

—Nos encontraríamos para el café.

—Ya no tengo ansiedad —dijo y volvió a sonreír—. A las nueve, aquí mismo.

La vi marcharse. Esa muchacha me gustaba más de la cuenta; mi oficio prohíbe ese tipo de gustos. Pensé que un whisky doble expulsaría el mal sentimiento, lo bebí de un trago, pero la muchacha me seguía gustando. Miré la hora, faltaban unos minutos para las siete. Acaso dormir ayudaría. Pedí la llave de mi habitación y ordené que me llamaran a las ocho y media.

Fue puntual, virtud infrecuente en las mujeres jóvenes y bonitas. Caminaba con estudiada despreocupación, usaba un vestido de tela liviana que le acentuaba las formas. Tuve la fantasía de que algunas horas después se lo iba a quitar.

—Magnífica —dije por todo saludo y llamé al barman. Dijo que no iba a beber. Le recordé la promesa; agregó que solo bebería vino durante la comida. Parecía una niña obediente; fuimos hacia la mesa.

Elegimos una exquisita carne de ternera, rociada con salsa de champiñones y acompañada de arroz blanco. Supe que en la bodega del hotel había Vega Sicilia y no vacilé: iba a ser su última cena; merecía el mejor de los vinos. Lo gozamos hasta la última gota y sirvió para recrear nuestras mentiras. Dijo que estaba en la isla con el propósito de recoger material para un futuro trabajo acerca de la identidad canaria. Quiso saber de mí. Me inventé una profesión liberal y un desengaño amoroso, dije que no quería hablar ni de una cosa ni de la otra. A la hora del café y el coñac, le confesé que me gustaba más de la cuenta y por primera vez, a lo largo de la noche, estaba diciendo la verdad.

Decidimos que fuese en mi cuarto. Estábamos de pie, junto a la cama y solo nos iluminaba la luna; se oía el ruido del mar, pero ni la luna ni el mar me importaron: toda mi atención estaba en ese cuerpo magnífico, sin una sola mentira. La comencé a desnudar, con la devoción que se pone en los grandes ritos. Me detuve en sus pechos, pequeños y armoniosos, y los besé lentamente; un imperceptible quejido y el minúsculo vibrar de su piel me hicieron comprender que no había errado el camino. Ahí me quedé. Buscó mi sexo y al rato estábamos desnudos sobre la cama. Cada vez me gustaba más y ella se ocupaba de fomentarlo: se acostó sobre mí y me cubrió con una ternura indescriptible, hasta que llegó el momento de las palabras entrecortadas y los pequeños gritos. Era una pena quitar al mundo a una muchacha así; la abracé casi con cariño. Se quedó dormida de inmediato. Estuve mucho tiempo mirando el techo y pensando en esas

De Quincey
(1785-1859)

*Periodista, crítico y
escritor británico.*

desarmonías, ajenas a uno, que lamentablemente no tienen arreglo. Recordé a De Quincey: “Si alguien empieza por permitirse un asesinato pronto no le da importancia a robar, del robo pasa a la bebida y a la inobservancia del día del Señor, y acaba por faltar a la buena educación y por dejar las cosas para el día siguiente”.

Un par de horas más tarde, ella abrió los ojos y me dijo algunas cosas que ahora prefiero olvidar. Le pregunté si conocía la Cueva de los Verdes y le propuse una excursión a la mañana siguiente. Dijo que sí; no sabía que estaba firmando su sentencia de muerte.

Un simple estuche de máquina fotográfica fue el refugio ideal para la Beretta 7,65, con silenciador incluido. Tomé un café sin azúcar de camino a la Cueva de los Verdes. Habíamos decidido encontrarnos ahí, a las diez de la mañana. La descubrí mezclada en un contingente turístico. Seguimos al guía y nos enteramos de que estábamos ingresando en una cueva que, trescientos años atrás, había construido la lava volcánica. Era un túnel que se prolongaba por kilómetros y kilómetros y del que apenas se habían explorado algunos miles de metros.

—Alguna vez fue refugio de los guanches —dijo a media voz.

—¿Los guanches?

—Los primeros habitantes de la isla —completó.

“Y ahora será tu tumba”, pensé, con dolor. Conseguí que cerrásemos la marcha de los entusiasmados turistas y así anduvimos entre las tinieblas. Algunos temas de Pink Floyd y unas pocas luces de colores, astutamente distribuidas, le daban el toque fantasmagórico que el sitio precisaba. Los hijos de puta de mis clientes habían sabido elegir el lugar: un cadáver podría permanecer ahí largo tiempo hasta que el mal olor de su putrefacción lo delatase. Pensé que ese cadáver iba a ser el de Mercedes y sentí un ligero malestar. Decidí terminar el trabajo de una vez por todas y me detuve con la excusa de ver algo. El contingente siguió su marcha, ignorándonos. Abrí el estuche fotográfico.

—Aquí no se pueden sacar fotos —bromeó.

—No pienso sacar fotos —dije.

La Beretta en mi mano obvió cualquier otro comentario.

—No entiendo —dijo y había sorpresa en su espanto.

—No es necesario que entiendas—dije.

—Hay un error —dijo, casi suplicante—. Tiene que haber un error.

Dije que en estos casos nunca hay errores y apreté el gatillo. Se oyó un sonido corto y seco. Mercedes intentó decir algo, pero todo quedó reducido a un gesto de dolor y desconcierto. En mitad de su frente, casi a la altura de las cejas, comenzó a bajar un hilo de sangre. Di un paso atrás y vi cómo su bello cuerpo se derrumbaba para siempre. Con ternura la llevé hasta el rincón más escondido de la cueva y la cubrí con cenizas de lava. Me sacudí las manos y la ropa, comprobé que no había señales deladoras y caminé rápido hacia donde estaba el contingente. Habían pasado menos de diez minutos. Nadie reparó en su ausencia: estaban encantados jugando con el eco, una de las maravillas de esa cueva de la muerte.

Los pasos siguientes serían de pura rutina: debía desprenderme del arma y de la documentación fraguada. En Barcelona tendría tiempo de afeitarme mi barba y tirar a la basura los anteojos de falso aumento. Entré en el hotel pensando en una ducha fría. Iba a pedir la llave de mi cuarto cuando una voz femenina, sus palabras, me enmudecieron.

—Me llamo Mercedes Gasset. —Oí—. Hay una reserva a mi nombre. Tenía que haber llegado ayer.

Giré la cabeza y la vi. Ojos grandes, labios sensuales y pelo agresivamente negro: era mi víctima, la real, que

llegaba con un día de atraso. Pidió un whisky. Pensé en Patricia, sola en la Cueva de los Verdes, cubierta de ceniza de lava; sentí un odio feroz por esta impostora e imaginé para ella un final innoble e inmediato. Diga lo que diga De Quincey, no hay que dejar las cosas para el día siguiente. Me acerqué y le dije que ese no era el mejor modo de combatir la ansiedad. Sonrió.



Este cuento se publicó en *El final de la calle*.

Si te gustó...

Gutiérrez a secas, de Vicente Batistta; *El beguén*, de Angélica Gorodischer; *El autor intelectual*, de Juan Martini; *El cartero llama dos veces*, de James Cain; *Las muertes concéntricas*, de Jack London; *El secreto de sus ojos*, dirigida por Juan José Campanella; *Todos tenemos un plan*, dirigida por Ana Piterbarg; *¡Atraco!*, dirigida por Eduard Cortés; *Dexter*, creada por James Manos Jr.



Coordinación editorial

Daniela Allerbon

Edición

Pilar Amoia, Bárbara Talazac y Ariadna Castellarnau

Asistencia editorial

Débora Ruiz, Florencia Argento y Daniela Valeiro

Corrección

Gabriela Laster

Diseño de la colección

Bernardo + Celis / Trineo

Diagramación

Jimena Celis

Gestión de derechos de autor

Natalia Silberleib y María Nochteff Avendaño

Digitalización

Biblioteca Nacional

Agradecimientos

Facundo Piperno, Laura Ponce, Luis Mazzarello.
